



Tarde pero seguro

*Chris Wellisz traza un perfil de **David Autor**, el economista de MIT que ha realizado una investigación de vanguardia sobre los efectos de las importaciones en el mercado de trabajo estadounidense*

A la hora del almuerzo, David Autor está inevitablemente en su despacho del Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT) comiendo el bocadillo de crema de cacahuete y jalea que se trae de casa. No solo porque le guste, sino también porque le ahorra el tiempo de bajar a la cafetería.

“Jamás desperdiciaría una hora”, explica Autor, economista de 53 años, en una entrevista reciente en su oficina con vistas al río Charles. “Cuando no estoy trabajando, estoy haciendo algo útil”. Como navegar con su hijo, capitanear el equipo de hockey sobre hielo en el que juega con sus colegas, o desarmar y rearmar artefactos eléctricos.

El tema central de la economía como disciplina es la escasez, y el tiempo es un bien especialmente escaso para Autor, que arrancó tarde en la profesión y siente que tiene mucho terreno por recorrer, a pesar del reconocimiento que ha cosechado con sus estudios de vanguardia sobre el impacto del comercio internacional y la tecnología en el mercado laboral estadounidense. Ha publicado 29 estudios sobre temas que van desde las prestaciones por discapacidad hasta el salario mínimo, y todos están imbuidos de respeto por la dignidad del trabajo, compasión por los desfavorecidos y preocupación por el daño que el desempleo causa en las familias y las comunidades.

“La inactividad es terrible”, afirma Autor. “El trabajo le da estructura y significado a la vida. Da un sentido de identidad. Crea un círculo social”. Autor difiere de los economistas que sostienen que el trabajo es el precio que pagamos por poder consumir. “Eso no refleja la realidad de la mayoría. La gente pagaría por conservar su trabajo”.

Por ser académico, tiene una experiencia inusualmente extensa en el mundo real: consultor de empresas de software, maestro de chicos de familias pobres, asistente administrativo en un hospital. Por eso tiene una comprensión práctica del tema en el que trabaja y tiende a utilizar hechos reales para someter a prueba, y a veces cuestionar, la teoría económica recibida.

Un ejemplo son sus estudios sobre el impacto de las importaciones provenientes de China en los trabajadores fabriles estadounidenses. Cuando Autor estaba haciendo su posgrado en Harvard a fines de la década de 1990, los economistas debatían los motivos del declive del empleo manufacturero en Estados Unidos y llegaron a la conclusión de que se trataba de una tendencia a largo plazo atribuible

más que nada a la automatización. Si lo que los desplazaba era la competencia de las importaciones, los trabajadores no tendrían gran dificultad para encontrar empleo en un mercado laboral extenso y flexible como el estadounidense.

“Justo cuando se estaba cerrando el debate, los hechos estaban cambiando”, señala Autor. “El avance de China estaba produciendo efectos profundos de los que la gente no se percataba”.

El ingreso de China en la Organización Mundial del Comercio en 2001 aceleró su surgimiento como potencia económica internacional capaz de aprovechar una gigantesca reserva de mano de obra barata para producir en masa mobiliario, textiles y artefactos eléctricos. Entre 1991 y 2012, la participación de China en la manufactura mundial se disparó de 4% a 24%.

El impacto en los trabajadores estadounidenses fue tan profundo como duradero, afirmaron Autor y sus colaboradores, David Dorn, de la Universidad

“El trabajo le da estructura y significado a la vida. Da un sentido de identidad”.

de Zurich, y Gordon Hanson, de la Universidad de California, San Diego. En un artículo publicado en 2013, calcularon que las importaciones procedentes de China fueron directamente responsables de la pérdida de 1,53 millones de empleos fabriles entre 1990 y 2007; o sea, una quinta parte de la disminución total del empleo manufacturero a nivel nacional. Esas pérdidas se concentraron en las partes del país expuestas directamente a la competencia china; en las demás, la desaparición de puestos de trabajo en la manufactura fue mucho menos pronunciada.

Algo aún más significativo es que el “shock chino” —como los autores provocativamente lo llamaron— se hizo sentir también en sectores que no estaban expuestos directamente a la competencia de las importaciones, como el de los proveedores. El empleo, el nivel salarial y la participación en la fuerza laboral local estuvieron deprimidos durante una década o más. (En otro estudio, estimaron las pérdidas laborales indirectas en alrededor de 1 millón). Estas conclusiones pusieron en tela de



El profundo interés del economista David Autor en el cambio tecnológico se inspiró en su experiencia personal.

juicio la opinión tradicional sobre la movilidad de la mano de obra. Mudarse a otro lado donde abundara el empleo o cambiar de ocupación no era tan fácil como pensaban los economistas.

“David cuestionó la opinión mayoritaria”, explica Lawrence Katz, director de la tesis de Autor en Harvard y, de vez en cuando, su colaborador. “La gente seguía usando datos que estaban desactualizados 10 o 20 años. Como las mudanzas producen fricción, vemos que los costos del comercio internacional son mucho más altos de lo que pensábamos”.

El trabajo de Autor sobre China comunicaba la profunda ansiedad en torno a la pérdida de empleo de la clase media que causó revuelo en la campaña presidencial estadounidense en 2016. En un estudio publicado en diciembre de 2016, Autor y sus colaboradores concluyeron que el shock del comercio internacional empuja a los votantes a los extremos del espectro político. En otro artículo, mostraron que la desmejora de las perspectivas laborales y la pérdida salarial entre los jóvenes que viven en comunidades expuestas al comercio internacional les quita atractivo como futuros esposos, lo cual contribuye a la disminución de las tasas matrimoniales y a un aumento de los hijos nacidos de madres solteras”.

El cambio tecnológico es otra fuente de ansiedad social y un tema que fascina a Autor, en parte debido a su experiencia en el campo de la informática. A

medida que el uso de computadoras personales se generalizó en el hogar y en el trabajo hacia fines del siglo pasado, los economistas comenzaron a estudiar el valor que añadían en el mercado laboral los conocimientos de informática.

Autor optó por otro enfoque. Identificó tareas concretas de un trabajador, como mover un objeto o hacer un cálculo, y analizó cuáles podía realizar una computadora. Junto con sus colaboradores, determinó que aun si las computadoras reemplazaban muchas tareas rutinarias típicas de una calificación laboral intermedia, como asistente contable o cajero, amplificaban el valor de la capacidad para resolver problemas, la adaptabilidad y la creatividad típicas de empleos profesionales y ejecutivos. A la vez, las computadoras no servían para reemplazar tareas manuales como las de un conserje o un trabajador en un restaurante de comida rápida. El resultado ha sido una creciente polarización del mercado laboral: los avances salariales están concentrados entre los trabajadores más y los menos calificados, y los que sufren son los que están en el medio.

Esa reflexión nació de un estudio de 2002 sobre los trabajadores de un banco que había instalado un software nuevo para procesar cheques, algo que se hacía a mano desde fines del siglo XIX. Autor y sus colaboradores de Harvard, Richard Murnane y Frank Levy, pasaron un sinnúmero de horas en el banco, entrevistando a empleados y gerentes y observándolos en acción. Descubrieron que el software podía procesar 97% de los cheques, pero el 3% restante tenía que pasar por manos humanas por problemas como giros en descubierto y firmas ilegibles. El trabajo de esos empleados pudo reorganizarse entonces de una manera que requería más calificaciones.

“La gente ahora trabajaba con un grupo de cuentas más amplio y tenía que idear soluciones, en lugar de limitarse a procesar transacciones”, explica Autor.

Autor adquirió muchos de sus conocimientos fuera del mundo académico. Cuando estaba investigando por qué las agencias de trabajo temporal ofrecen cursos de capacitación que no parecen tener un rédito obvio, se presentó a una entrevista para experimentar el proceso en forma directa y descubrió que así evalúan la motivación de los postulantes y aprenden a atraer gente con voluntad de mejorar.

Su interés en el cambio tecnológico también está arraigado en su propia experiencia: cuando estaba aún en la secundaria, aprendió por su cuenta a programar una de las primeras computadoras

personales, la Radio Shack TRS-80. Pero el trayecto de la informática a la economía no fue una línea recta.

Se inscribió en la Universidad de Columbia, pero la dejó al poco tiempo (“Era sumamente inmaduro”, explica) y regresó a Boston, su ciudad natal, donde trabajó como asistente administrativo en un hospital. Allí comenzó a crear software y luego se fue a trabajar en la consultoría de un amigo, entre otras cosas armando bases de datos para bancos.

Cuando regresó a la universidad, esta vez a la de Tufts, en Massachusetts, Autor se graduó en psicología, decidido a seguir los pasos de sus padres, ambos psicólogos clínicos.

Era 1989 y “me di cuenta de que, al menos con la parte de la psicología que estaba estudiando, me fascinaban las preguntas, pero no me satisfacían ni los métodos ni las respuestas”, recuerda. “Me gustaban la informática y la ingeniería, pero me interesaban los problemas sociales, y no sabía cómo combinar todo”.

Entonces, Autor se subió a un Dodge Colt que había comprado por USD 250 y cruzó el país, sin un destino fijo. Escuchó en la radio que una escuela metodista de San Francisco estaba inaugurando un programa para enseñar informática a chicos de barrios pobres. Se presentó de voluntario y al poco tiempo era el director de estudios.

“Estaba más cerca de lo que buscaba”, dice. “Por un lado, era algo técnico; por el otro, tenía una dimensión social, así que para mí cerraba”.

Conoció a su esposa, Marika Tatsutani, cuando ambos buscaban un compañero de casa en Oakland, California. Tatsutani estaba haciendo un posgrado en la Universidad de California, Berkeley; hoy trabaja por su cuenta como escritora, editora y consultora en temas energéticos y ambientales. Tienen tres hijos, de entre 13 y 20 años.

Al cabo de tres años en California, Autor decidió que había llegado el momento de mudarse. Se planteó estudiar medicina, pero terminó optando por el programa de política pública de Harvard, donde descubrió su futuro en los cursos obligatorios de economía. “No lo podía creer. Era precisamente lo que buscaba. La economía aborda los problemas que me importan, pero con métodos que estimo, valoro y disfruto”.

Murnane, uno de los profesores de Autor (y luego uno de sus colaboradores en el estudio sobre bancos), se quedó impresionado con su curiosidad y su entusiasmo. “El hecho de que hubiera estudiado psicología me pareció importante, porque le daba una perspectiva más amplia que la de quienes habían estudiado solo economía”.

En 1999, doctorado en mano, Autor salió a buscar trabajo, convencido de que las instituciones como el

MIT no lo tomarían en serio como economista porque su título era en política pública. Cuando Olivier Blanchard, entonces director del departamento de economía de MIT, lo llamó para ofrecerle empleo, Autor se quedó tan atónito que en un principio no quería atenderlo.

“Fue algo aterrador”, rememora. “Por un lado, me sentía como la persona más afortunada de la profesión, y por el otro, como un impostor total”.

“Efectivamente, David no era un candidato natural para MIT”, explica Blanchard, que sería luego economista jefe del FMI y hoy trabaja en el Instituto Peterson de Economía Internacional, en la ciudad de Washington. “Pero tenía una dedicación, un talento y una seriedad que nos convencieron a dar el salto. Y dimos en el clavo”.

Los dos primeros años fueron difíciles porque Autor se sentía falta de suficientes conocimientos teóricos. Cuando le asignaron un curso introductorio de teoría macroeconómica, le parecía que no estaba calificado.

El shock del comercio internacional empuja a los votantes a los extremos del espectro político.

“Al comienzo pensaba que no conocía el tema y no tenía derecho a enseñarlo. Después reflexioné que era una buena manera de aprenderlo”.

Hoy, Autor sigue igual de ocupado, pero no está tan estresado. Es codirector del programa de estudios laborales de la Oficina Nacional de Investigación Económica, junto con Alexandre Mas, de la Universidad de Princeton. Dicta un curso introductorio de teoría microeconómica aplicada y política pública. Sigue estudiando la influencia de los shocks económicos en las creencias políticas y la estructura de la familia estadounidense. Ha emprendido un ambicioso estudio plurianual del impacto de la ayuda financiera en las tasas de asistencia y culminación a nivel universitario.

Todo esto le deja, con suerte, seis horas de sueño. Pero no hay quejas.

Autor dice que la gente ha sido muy generosa al asesorarlo y darle oportunidades de aprender que fueron decisivas para su carrera, y quiere hacer lo propio: “Soy un hombre sumamente afortunado”. **FD**

CHRIS WELLISZ forma parte del equipo de *Finanzas & Desarrollo*.